





LA MUERTE  
EN LA FACULTAD  
EL ERROR MÉDICO



Nelson Del Castillo O.

LA MUERTE  
EN LA FACULTAD  
EL ERROR MÉDICO



Primera edición: julio de 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Nelson Del Castillo O.

ISBN: 978-84-17961-28-2

ISBN digital: 978-84-17961-29-9

Depósito legal: M-24228-2019

Editorial Adarve

c/ Marcenado 14

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## CAPÍTULO I

**M**aría Cristina Alzate Cuenú, una mujer negra de pura Mcepa, en la plenitud de su juventud, cuando hacía una semana había parido con fortaleza y entereza su tercer hijo, en medio de gemidos de felicidad y regocijo, frente a la situación económica familiar y la de su marido, no quería seguir teniendo descendientes, a pesar de que surgiera de una familia numerosa como era costumbre en su pueblo, cuando frente a la austeridad reinante y las limitaciones de todo tipo subsistían con dignidad; descansando de la dicha sin novedad alguna, con el nacimiento de aquel varón tan anhelado que gritara férreamente al aspirar por primera vez un bocado de oxígeno directamente por sus órganos respiratorios, como símbolo de la vida; secándose la altiva mujer el sudor reinante en aquel lugar; en el instante que acordaran con el mismo médico que la asistió, la ligadura de las trompas de Falopio, con la conocida técnica de Pomeroy como se lo explicara él mismo. Lo que en otras palabras quería decir: cerrar la fábrica de muchachitos que, a su pesar, no quería traer más a este mundo como lo había convenido con Pedro Pablo, su esposo.

Aquel día se encontraba tranquila, regocijada a plenitud, con la confianza puesta en su médico (en esa época en que todavía primaba la confianza mutua con los galenos; y este era el profesional de su preferencia, con una trayectoria en la ciudad incólume); de modo que, al desvestirse en presencia de una asistente de enfermería y colocarse una bata especial que llevaba un amarre ligero por la parte delantera, se acostó tranquila y desprevenida en aquella mesa improvisada que servía para variados procedimientos (sobre todo para actividades médico-quirúrgicas menores, atención de partos, suturas sencillas y otras maniobras médicas); y sin sentir ningún temor en absoluto cuando, al poco rato, se elevó a las nebulosas como si estuviera siendo parte de un bello paisaje en las alturas, en una nave que se desplazaba lentamente en un día soleado de verano furtivo y sin ventisca alguna, distrayéndose alternativamente, queriendo flotar en aquellos cúmulos blanquecinos, que veía con un tinte ártico y armónico, como si compartiera con angelitos retozando en el cielo sobre motas de algodón; en medio de las sibilas, las escenas del génesis en el paraíso, la creación de Adán y la imagen de Dios vívido, sin percibir la gravedad, como aquellos que pintara y plasmara Miguel Ángel en los cielos rasos de la Capilla Sixtina del Vaticano.

María Cristina Alzate siempre pensó y soñó en la vida, despreocupada de cualquier percance, en medio de la gran calma y la paz celestial, al encontrarse feliz en aquel hogar que había forjado palmo a palmo con su marido y sus tres hermosos hijos cuando el último apenas cumplía

una semana; aunque en la humildad de su hogar en aquel barrio de su ciudad adoptiva, que por siempre le llamaron lacónicamente *Palo Seco*, caminando con los bríos de una mujer contenta y satisfecha con la vida, a pesar de los tropiezos al pasar y recorrer a diario por aquellas calles empedradas en un desorden pueril, salpicadas en muchos tramos por el barro de relleno y el olor a madera podrida con la hedentina que dejaba la marea al tener que subir y bajar en sus dos fases, sobre todo en aquellas pujas que los foráneos le llamaban extrañamente pleamar; cuando su olfato ya no daba cuenta de aquellos olores que fluían en cada instante.

Así, muy temprano en la mañana, sin parecerle desconocido la serie de casas de madera por la que recorría en su andar sencillo y austero; observaba siempre con premura y preocupación la diferencia existente, porque la propia la habían construido en hormigón armado y ladrillo cocido como las de las grandes ciudades, dada la entrega y amor que expresaba su marido con cada día que transcurría en su ardua labor de mecánico; cuando las otras se observaban hundidas, ladeadas hacia delante, hacia atrás o hacia los lados, con las puertas y el frente lacerados por las termitas y a punto de caer en ruinas.

Ella hacía la diferencia del lugar, siendo una potranca, negra, acuerpada y *culisa* como le llamaban los nativos a esas mujeres con pelo liso acholado, con una silueta provocadora y sensual, caminando a pasos ceremoniosos y regulares, en un andar tranquilo y despreocupado de la vida y las penurias del destino, que nunca se sabe qué

le augura; comprando en la galería de Pueblo Nuevo, la «José Hilario López» (preferida por encontrarse de todo lo que se necesita), de su Buenaventura adorada; pueblo este que la acogiera a ella y a toda su familia cuando se desplazaron de la costa nariñense, producto de la violencia por la guerra de la coca en aquellos lugares; llevando todo lo necesario para el almuerzo diario de unos pocos días, terciando en su brazo fornido una canasta de fibras naturales de corozo amargo; procurando que esos almuerzos fueran portentosos y nutritivos, para que le dieran fuerza y vigor a su querido esposo: un cholo negro y agraciado conocido por ella desde su temprana infancia, cuando le coqueteaba a las orillas del río Tapa-je; que, cuando adulto y ya su marido, se convirtiera en musculoso y gran trabajador, dedicado a la reparación de motores diesel de todo tipo, incluidos barcos de cabotaje, lo mismo a los arreglos de motores fuera de borda y a gasolina, de los que funcionan a dos tiempos.

Por su parte, el médico que la asistía, con una actitud arribista intrínseca en su formación y modo de ser (por lo bien organizado de sus aposentos, contando con unos locales que podrían considerarse de lujo, decoro y buen gusto; disponiendo en sus inicios solamente con la presencia de una asistente —una improvisada mujer que fungía de auxiliar de enfermería; la misma que hacía pocos instantes que recibió la orden de inyectarle una dosis conocida de ketamina, atropina y diazepam—), hacía un corte transversal de uno y medio centímetros de diámetro, a un centímetro por debajo del ombligo en la línea

medía; ya habiendo seccionado cuidadosamente la piel, el tejido graso, la aponeurosis y el peritoneo, para llegar a la cavidad abdominal; y diestramente, con sus dos delicados dedos, había atrapado la trompa de Falopio izquierda, ligándola y cortándola al tenerla atrapada con una pinza, siguiendo estrictamente la técnica; haciendo lo mismo con la trompa derecha.

Satisfecho por su agilidad y egolatría, cuando todo había salido a las mil maravillas, aprestándose a cerrar el peritoneo, la paciente se despertó de su ensueño satisfactorio, dando algunas señales de dolor; cuando el cirujano ordena una ampolla de meperidina vía venosa lenta, para evitar el sufrimiento y malestar, haciendo que la paciente volviese a la quietud. Todo se encontraba en armonía y la ciencia alcanzaba su esplendor, cuando un nuevo despertar bajó a María Cristina de aquel embelesamiento celestial, sintiendo al parecer dolor y ansiedad (luego del placer de una mente despreocupada en manos de la sabiduría y la magnífica formación académica con que contaba su médico de confianza); sintiendo, en lo profundo de su cerebro, que se había caído de aquel avión que alguna vez la transportaba desde Tumaco a la ciudad de Cali, al comenzar a verse las estepas y montañas de la cordillera occidental de Colombia, en el instante en que el piloto anunciara al personal de la tripulación alistarse para el aterrizaje; en el preciso momento de sacudirse estruendosamente la nave, atravesando ese nivel por encima de los cúmulos, cruzaba una espesa y fría nube que causó gran estrépito, por la enorme turbulencia, en aque-

lla embarcación aérea, perdiendo el conocimiento y sin saber, a partir de ese instante, nada de ella. En ese mismo momento el médico escucha el grito de la paciente que se despierta aparentemente alarmada e *ipso facto* ordena, instintivamente, sin pensarlo dos veces, otra dosis de meperidina por la misma vía anterior; sin darse cuenta, la enfermera, en un pequeño descuido de su parte, que ya no respiraba, cuando el médico terminaba su procedimiento quirúrgico en forma satisfactoria.

De inmediato las maniobras de resucitación, para que volviera de aquel paraíso terrenal que produce la ketamina, durante unos largos minutos, no dieron resultado; acelerando el llamado tímido y angustioso a su esposo, cuando los lamentos no tuvieron otra explicación que un paro cardíaco los había tomado por sorpresa; y en el despido de aquella paciente todo fue silencio, sin lamentos ni despotricamientos, por la confianza depositada en el profesional considerado un ícono en la ciudad, engalanado y embestido con el *linóleo del juramento hipocrático* (todavía en aquellos tiempos); sin dar, en ese caso, para señalamientos demanda alguna, como ocurría en aquella época; quedándose todo en el olvido de la práctica profesional de antes y de los tiempos idos por siempre, de los últimos rezagos de la medicina galénica que perdurara aún y por más de mil años atrás. Tiempos en que todavía existía la confianza, actitud comprensiva y afectuosa; con una postura firme y optimista frente al enfermo o en su lecho de muerte. Todos resignados a los avatares de la vida, el triste designio de la existencia, *el nacer y el morir*;

congraciándose con el tiempo si ese fuera el caso, «*To err is of humans*», *errar es humano*.

Ese fue el segundo gran susto que hiciera despertar y pisar tierra al profesional de aquel endiosamiento y, sin que lo notara su auxiliar, presentara unos sentimientos encontrados, un pesar severo por su paciente, sus familiares y amigos; cuando en medio de su mutismo y congoja pudo denotar y expresarle con gran sentimiento a su improvisada auxiliar, y en el momento culmen de aflicción a los familiares que concurrieron al centro médico; cuando a los pocos días conversaba con la auxiliar al mirarlo fijamente y con extrañeza, diciéndole: «Yo no soy y ni me he convertido en insensible por la muerte de un ser humano, sino al contrario, a pesar de no observarme lágrimas en los ojos, mi corazón palpita de angustia y de pena; ello representa un acicate en mi vida, en procura de no improvisar ni cometer errores que podrían evitarse, siguiendo al pie de la letra el principio: *Primum non nocere, primero no hacer daño*; que nunca me olvidaría, ni jamás fue mi intención en mi existir tanto como hombre, como en calidad de médico».

Por esos días fue cuando entró en ese abismo de abatimiento, surgiéndole recuerdos de sus primeros pasos por la facultad de Medicina que, aunque ese momento del evento, ya no correspondía a su época; por un instante de alusión arribista se fue a la Montpellier por el solo hecho de encumbrarse en el conocimiento médico más elevado de la época, con toda esa sapiencia árabe y judía que había admirado, aterrizando a cada instante en las en-

señanzas célebres de sus profesores ilustres, iniciándose con los recuerdos de la biología celular, la química orgánica, la nutrición, la sociología médica y la bioestadística, que lo fueron enmarcando en el conocimiento del ser humano, hasta ir perdiendo el miedo en el cadáver por todo lo que le narraban compañeros de cursos superiores, preparándolo para la segunda etapa de formación, con esos temores infundados sobre los muertos, las visiones y fantasías que había escuchado; los espantos y las auras de los difuntos que no lograron despedirse de sus seres queridos por aquellas muertes violentas o sorpresivas, recorriendo sus pasos en las penumbras, asustando a desprevenidos, y atizando más y más historias de ultratumbas que durante su formación profesional fuera diluyendo en forma sabia y progresiva hasta conocer la verdad de toda esa temática.

Cuando al fin le llegó el momento de verdad (observando los cadáveres flotantes en las piscinas de la morgue, conservados contra la putrefacción con grandes dosis diluidas de formol y glicerina, no siendo ajenos a sus pensamientos) en lo único que se conceptuaba al llegar la oportunidad, era en aprender y solo aprender para saber más y más y mucho más (en una actitud enervante) de la miología humana, osteología, histología, embriología, anatomía neurológica y todo lo concerniente a los diversos órganos y sistemas del cuerpo y la totalidad de lo correspondiente al ser humano. Lo mismo sucedía con aquellos cuerpos inertes que observaba secos en las gélidas camillas metálicas donde aprendía progresivamente a



disecarlos, aislar estructuras anatómicas y tener pleno conocimiento de cada uno de los órganos y sus relaciones; el cómo llegar a ellos en el vivo en los planos generales y topográficos; en una carrera sin cuartel para tener preparada día a día las lecciones académicas; trasnochar día tras día, y mes tras mes, y al final del periodo comenzar a jactarse proyectándose hacia su futuro profesional; y hasta ensimismado por aquellos halagos de confianza que le daban sus profesores a él y otros alumnos, al destacarse por su alto nivel de formación académica en el año que cursaba.

Siendo tantas las ansias del saber no le importaba a él, ni a ningún otro estudiante (como lo confirmara en una de sus tertulias tiempo después del internado rotativo), ni les daba un solo sentimiento de miedo ni temor, cuando reconocían a alguien en dicha morgue, aquellos seres que habían visto deambulando o postrados en las calles pidiendo misericordias humanas para poder alimentarse, cuando no lo hacían con sus propias pulgas (que atesoraban sus enredados cabellos maltratados y pastosos); o como reconocieron en la antigüedad a Mary Paterson, aquella prostituta londinense joven y muy bonita, por resguardarse el calificativo de bella, frecuentada por la mayoría de alumnos de la Facultad de Medicina de Edimburgo en sus pesares lúgubres de alebrestamientos hormonales y los infernales orgasmos que no les daban descanso de tanta concentración en sus labores estudiantiles; sin conocerse de primera mano si el profesor Knox, que conociera de aquella historia, de igual manera la asediaba

en sus noches taciturnas o no; pero, en compensación, la adoró en su imagen inerte y lúgubre, haciéndola retratar en la morgue de la facultad, en poses artísticas como una Venus por el fotógrafo John Oliphant, como parte de un *Estudio de la anatomía de la belleza femenina*; en similitud de aquellos tiempos, después, otros de sus compañeros de facultad, en la angustia de ganarse unos cuantos puntos, se atrevían a aguaitar un féretro recién inhumado para desenterrarlo, formolizarlo y entregarlo como un trofeo de su nivel de estudio; considerando esta maniobra como una práctica común desde la antigüedad, cuando al médico y profesor Robert Knox lo acusaran de robo de cadáveres, producto de los crímenes que cometían en realidad los asesinos más famosos de la época: Burke y Hare, quienes acabaron con la vida de Mary Paterson; motivando a la Corona, alarmada por los hechos, a que dictaminara, desde entonces como reglamentación, que todo fallecido en un hospital cuyos familiares no reclamaran, fuera sometido a disección; conllevando dicha reglamentación para que se aplicara en todos los hospitales del mundo.

Siendo la época, cuando en 1604, la misma Corona británica condenaba la sustracción de cadáveres al desaparecer el enigma de los muertos en huida o de paseo que se desvanecían de los sarcófagos, hasta comprobarse que eran robados; creyéndose, inicialmente, que se hiciera con fines macabros, para hechizos, magia negra o la práctica de rituales ocultos, hasta conocerse que era para venderlos a las facultades de Medicina; sin embargo,

frente al altruismo de Enrique VIII y la necesidad de los estudiantes de Medicina —tiempos pasados ya—, permitiera retirar cuatro cadáveres de las galeras al año, para el estudio de la anatomía o, como sucediera en aquella ciudad en que se formó el doctor Demóstenes Almario: la práctica espeluznante y desalmada (como lo comentara otro alumno de esa clase), que todo ocurría con el solo interés comercial de enterrar el cadáver a poca profundidad y con los meses someterlo a la acción de la cal viva en medio de la cocción, para obtener la osamenta blanqueada y venderlo al mejor postor para que estudien los siguientes estudiantes osteología; los mismos novatos que, despojados de cualquier escrúpulo y la mente ensimismada, compraran osamentas, por la escasez de cadáveres en algunas temporadas y debido a que ciertas estructuras anatómicas o puntos de inserción de tendones, prominencias o procesos, no se notaban en los esqueletos sintéticos. Llevando también dicha escasez de cadáveres a pensar que estando seguro que se intentó, no se supo en realidad si se culminó el hecho en la ciudad donde estudiaba; sin embargo, se oían fuertes rumores de inyectar con cianuro de potasio o cloruro de potasio a muchos borrachitos que caían por las calles inconscientes de tanto tomar guaro y divertirse a su manera, para entregarlos como trofeos a la morgue y para el entusiasmo de impartir conocimiento por parte de sus profesores.

Pero, el doctor Demóstenes Almario, después de aquella desventura con María Cristina en aquel centro médico que fuera formando, trasladó en forma insensible

su mente y espíritu a no seguir oliendo ni percibiendo la muerte, dándose cuenta, en lo profundo de su ser, como un hecho fortuito y hasta accidental sin apreciarle aroma alguno en sí; pero sí con la idea absoluta de un olor a pollo recién desplumado en agua caliente, al entrar muy a las siete de la mañana a la morgue de su facultad aquel dos de enero de 1963 que, sin taparse la nariz, percibiera como el preámbulo de un succulento sancocho, aunque sea de conocimientos, horas después sin escrúpulo alguno; ya que eran tantas las historias de los estudiantes de Medicina a través del tiempo, cuando las noticias, precisamente ese día, lo alarmaron a él y al resto de sus compañeros, sin darle mayor transcendencia, en circunstancia de que unos estudiantes en otra facultad de Medicina del oriente de Europa o el Medio Oriente, se comieran en una competencia dantesca un cerebro humano fresco sin escrúpulo alguno. Eso no les causó náuseas ni repugnancia alguna, porque algunos habían experimentado con la ingesta de hígado crudo de vaca, que comparaban con el ceviche de camarones crudos, sin encontrar mayores diferencias con el del ser humano; pensando que quizás esos estudiantes tendrían el mismo concepto.

Sin embargo, al doctor Almario, esas percepciones y comentarios recibidos sobre canibalismo de muchos de sus colegas o compañeros en lejanas facultades de Medicina le hacían pensar que el detonante de los llamados anfiteatros de anatomía hay que buscarlos realmente en el Renacimiento, cuando en 1543 se publicó el libro más importante de la historia de esta rama de la medicina:

*De Humani Corporis*, fábrica del belga Andries van Wiesel o Andreas Vesalius, que consideraba el cuerpo humano como una preciosa obra arquitectónica; siguiendo los pasos de Leonado di ser Piero Da Vinci, quien estudió en profundidad la anatomía humana entre 1507 y 1513, ayudado por Marcantonio della Torre, profesor de Anatomía de la Universidad de Pavía.

Fue así que, conociendo William Burke y William Hare (propietarios de una hostería en Edimburgo), que el negocio de la muerte y de los cadáveres era fructífero (de la misma forma en que ocurría en América del Sur en la posteridad), siendo descubiertos cuando asesinaron a aquella prostituta —que hicieron famosa por su gran belleza cadavérica—, y al imbécil enano Jamie, surgiendo el gran negocio, bautizado en honor a su creador, el *Burking*, conllevando a que «un vivo valiera menos que un muerto», surgiendo los resurreccionistas, los famosos *roba cadáveres*; apareciendo a grandes trotes, a principios del siglo XIX, dos centenares de resurreccionistas en solo Londres; destacándose con esa y otras historias de la medicina, el libro de Omar López Mato (de editorial Suramericana) *Después del entierro*, subtítulo: «A veces la muerte no es el final de la historia, sino el comienzo»; como ocurrió con el cadáver del gigante Byrne, que terminara en el Lincoln Inn Fields, testigo mudo de una de las mayores infamias de la profesión médica —calificada así en aquella época—: «La falta de respeto por los muertos», anteponiendo sus anhelos de investigación sobre cualquier posible consideración ética. En ese instante,

al recordar aquel hecho histórico, el doctor Demóstenes tomó el concepto de *infamia* a modo de inventario para sus adentros, porque ya conocía la verdad de los hechos en su tiempo, y deseaba con premura pronunciarse al respecto.

Pero, sorprendido a los años el doctor Demóstenes, convencido que esos tiempo se fueron y no volverán, en un suceso parecido a la normalidad, cuando la prensa española, denunciara en el 2014 en Madrid, que cientos de cadáveres, por lo menos unos 250, se amontonaban sin control en los sótanos de la Universidad Complutense. Aclarando que eran para la incineración, después de años de haber prestado su servicio a la ciencia. Siendo claro, para el doctor Demóstenes Almario, que todos esos cadáveres de la historia, como los asesinados por Burke y Hare, iban a parar a las morgues de las universidades, tal como lo escandalizara el periódico *El País* y *Caracol* de Colombia con el titular: «Mendigos colombianos eran asesinados para vender sus cadáveres a una facultad de Medicina»; implicando a la Universidad Libre de Barranquilla, Colombia, ese 04 de marzo de 1992, en donde los cadáveres en realidad se los vendían a los estudiantes; y, entre otras cosas, encontrando en los recintos de la universidad, al *cartagenero*, a Diana Leiva, *la chupichupi* (una retrasada mental de 16 años de edad) y restos de diez personas más: seis, muertos a golpes; dos, con armas de fuego y dos casos de muertes naturales, siendo implicados solamente los celadores de la facultad.